La Cámara de Representantes al Rector del Rosario

Colombia.—Cámara de Representantes.—Secretaría.—847

Bogotá, 24 de octubre de 1923.

Ilustrísimo señor Rafael María Carrasquilla.—Presente.

Tengo el honor de trascribir a S. S. la siguiente proposición aprobada por la H. Cámara de Representantes en su sesión de la fecha:

«La Cámara de Representantes presenta atento saludo a Monseñor Rafael María Carrasquilla, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en el día de su onomástico y renueva sus votos por la felicidad personal del eminente educador.»

Con este motivo me es grato presentar a S. S. mis personales manifestaciones de congratulación y suscribirme de S. S. con todo respeto muy atento servidor,

F. RESTREPO BRICEÑO

LA LEYENDA DEL HOMBRE DE ORO

UNA VISITA AL LAGO GUATAVITA (COLOMBIA)

A unas cincuenta millas, al noroeste de Bogotá (Colombia), se halla el lago Guatavita, famoso en la historia de la Conquista de América donde se le conoce con el sobrenombre de «El Dorado,» merced a la leyenda del «hombre áureo» que en sus aguas se bañaba cubierto de oro ofrendado a los dioses indígenas.

El lago, pequeño, perdido entre las montañas, ocupa el que parece ser extinto cráter de un volcán y no desempeña papel importante alguno en la vida y movimiento de la comarca circunvecina.

Unicamente la aureola de la leyenda que le liga con el pasado fantástico, y las numerosas historias a que ha dado origen, hacen que el viajero moderno se decida a abandonar la comodidad bogotana, como hizo quien esto escribe, para ir a contemplar el lago de aguas de plata meditando allí, en sus orillas, sobre la mística leyenda que los siglos pretéritos bordaron sobre el cañamazo de la fantasía no desprovista de verdadera poesía.

Aunque como dijimos, son varias las historias acerca de «El Dorado,» la versión siguiente parece ser la más de acuerdo con la realidad.

Era tradicional costumbre religiosa del jefe de la tribu que los guerreros de la misma se entregaran anualmente a ciertas ceremonias destinadas a aplacar y tener propicias a las divinidades indígenas. Los ritos extraños y solemnes tenían por teatro obligado el Guatavita, considerado, por tal motivo, como el hogar de ciertas divinidades tutelares abogadas de la tribu.

A modo de epílogo teatral de las referidas ceremonias anuales, el «Gran Jefe,» untado previamente su cobrizo torso con cierto aceite resinoso, cubría su cuerpo, además, de polvo de oro, llegándose a la orilla del Guatavita con gran pompa y no menor acompañamiento de guerreros y notabilidades de su tribu. Una vez allí, en la diafanidad propia del puro aire de las cumbres y al calor de los rayos solares por fuerza había de brillar todo él, a manera de majestuosa estatua de oro bruñido, hecho que se alcanza diera margen al nombre y leyenda de «El Dorado.»

¡Imaginad la ceremonia! La balsa real aguardaba al jefe indio tripulada por los robustos remeros conocedores del último remanso del poético lago, llena de fantástica ornamentación y sujetos todos a extraños y complicados ritos religiosos.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

Una vez, en el centro del Guatavita, cual el Dux veneciano, algunos siglos más tarde, no se desposaba con las aguas, en señal de dominio el jefe indio, sino que ofrendando oro puro y esmeraldas se zambullía en las sagradas aguas, semejante a un gran pez de oro, para emerger a poco de ellas desprovisto de su brillante canto sutil áurea envoltura perdida, gracias al agua, en las profundidades del lago. Volvía la balsa con el jefe a la orilla, quedando aplacada la ira celestial para todo el año, gracias a la grandiosa ceremonia.

Esta poética historia, producto de la sencillez indígena, se desnaturalizó grandemente como todas las historias de la preconquista, al llegar a oídos de los europeos, que se dieron a soñar con lagos de oro puro, derretido por el ardor de un sol complaciente y desconocido, moviendo a los Quesada, Belalcázar, Féderman y tántos otros «conquistadores» a desafiar no solamente los peligros sin cuento de la floresta virgen americana, la emponzoñada flecha indígena, siempre al acecho, sino también el penetrante frío de las cumbres y cordilleras, las marchas abrumadoras, la escasez de alimento, la muerte en fin en todas sus múltiples y peligrosísimas formas, impulsados por la codicia. Tras de riquezas fabulosas que parecían huír ante ellos, como fantástico espejismo del desierto, burlándose de sus acaloradas mentes y ardiente deseo, corrieron los aventureros de la conquista.

Hoy día alcánzase El Dorado de bien prosaica manera, por medio del automóvil, que llega, sobre magnífica carretera al interior, a aquel contorno, dejando al viajero a una hora escasa a caballo, del Guatavita.

Al abandonar el auto, el corto trayecto se desliza a través de campos cultivados que cubren el valle y la montaña, bajo un sol que hace sonreír a la naturaleza toda, bajo la caricia de oro de un sol que centellea sobre

las plácidas aguas del Guatavita cubriéndolas de auténticos resplandores áureos.

Los buscadores de los supuestos tesoros que el gran jefe regalaba al fondo del lago sagrado, han dragado las aguas del Guatavita de tal modo, que en su seno, del que fluyen constantemente, en burbujas, frescas aguas de perennes manantiales, no alcanza ahora sino 25 metros, cuando antaño debió tener, según todas las probabilidades, sus 250 metros.

Una serena apacibilidad y sosiego se cierne todavía sobre el lugar sagrado, en el que diríase casi puede percibirse el alma de «El Dorado,» a la que parecen acompañar también las de sus infinitos devotos, fieles y amables súbditos. Su gloria podrá haberse esfumado en medio de la algarabía y apresuramiento de esta nuestra edad prosaica, pero mientras exista el hermoso cielo colombiano—donde centellea la Cruz del Sur,—mientras las montañas cubiertas de perenne verdura cobijen amorosamente el pequeño lago histórico, habrá de ser recordado éste siempre como teatro y asiento de piadosas ceremonias hijas de la simplísima fe indígena, no exenta de poesía, y en tal concepto merecerá eternamente una visita del turista que venere el pasado, así como la protección de un gobierno acreedor de El Dorado en punto a civilización y progreso.

W. E. BROWNING.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico